

Fragmento del libro:

Después de unos 30 minutos de viaje, se comenzaron a ver las cristalinas y azules aguas del dique, rodeado de las eternas y coloridas montañas. Digno de una fotografía. Esa vista que transmitía una paz y una emoción imposible de describir, así era Mendoza, una de las provincias más lindas de Argentina, donde vivía Brenda.

Cuando comenzaba la primavera, y los días se volvían cálidos, el sol salía para quedarse, resaltando un cielo celeste profundo en conjunto con las copas verdes y floridas de los árboles. La mejor época para acampar.

–¡Aquí es, Bren!

Brenda atónita no contestaba nada. Sólo no despegaba su cara de la ventanilla, admirando ese lugar. No era un camping común y corriente, era el camping, el más lindo que había visto jamás. Una alfombra de césped que cubría todo y un pequeño bosque frondoso y verde como bolas de algodón, y a la orilla del río, una ruidosa y alegre cascada. De fondo se podían apreciar las eternas montañas con los picos de nieves casi al alcance de las manos.

–Sin dudas el mejor que he visto –suspiró Brenda enamorada del paisaje.

Ayudó a bajar las cosas del auto y buscaron el sitio donde acamparían. Cuando ya estuvo todo listo, José se dispuso a juntar la leña para encender el fuego, y luego hacer un asado. Su mamá se encargó de la ensalada. El lugar estaba desolado, al parecer era la única familia que ese día había decidido almorzar allí.

–¡Voy a recorrer el camping! Quiero ir al arroyo –avisó en voz alta Brenda, mientras se sacaba sus zapatillas.

Comenzó a caminar descalza, sintiendo el césped fresco y húmedo, por el rocío de la mañana. Disfrutando del silencio, del cantar de los pájaros y el sonido rítmico del agua cayendo por la cascada. “No hay nada más lindo que la música de la naturaleza”, pensaba mientras cerraba sus ojos e inspiraba suave y profundamente ese aire fresco y relajante.

Se escuchaban las hojas de los árboles danzando con el viento. Cada hoja rebotante de la energía primaveral, y una fresca brisa que acariciaba sus mejillas. Parecía como si la naturaleza le diera la bienvenida.

Se acercó al arroyo y se sentó en una piedra bajo un enorme sauce. Su mirada se detuvo en el correr del agua, parecía hipnotizada. Dejó su mente divagar. Sólo estaba relajada. Cuando de pronto comenzó a escuchar un

suave susurro que provenía de... ¿De dónde provenía? Comenzó a mirar a su alrededor, y se quedó observando el sauce que estaba a su lado. Tuvo la impresión de que éste también la observaba. "Que extraña sensación". De pronto algo pequeño y borroso bajó del árbol y se detuvo frente a ella.

Brenda se sacó sus lentes y mientras pensaba que tal vez tendría que volver al oculista, debido a su astigmatismo que se acrecentaba. Limpió los vidrios con su remera, y se los volvió a colocar. Pensó que tal vez le había saltado una gota de agua. Pero aquella mancha borrosa y brillante, continuaba frente a ella. Acercándose un poco, pudo notar que se trataba de un minúsculo ser que le agitaba la mano a gran velocidad, como saludándola. Se trataba de una pequeña personita luminosa con un diminuto vestido color coral. Su tamaño era como el de una mano extendida, o tal vez un poco más grande. Tenía unos brillantes y almendrados ojos amarillos, una amplia, muy amplia sonrisa, y unas pequeñas alas parecidas a las de una libélula, que aleteaban tan rápido como las de un colibrí. Su piel no se veía rosada como la de los humanos, sino más bien algo grisácea pero a la vez iluminada.

Brenda se quedó inmóvil, paralizada. Sentía como si su corazón hubiera dejado de latir por unos segundos. Ni siquiera podía sentir sus piernas. Y este extraño ser seguía allí. Ahora se arreglaba su lacio cabello rubio, detrás de sus pequeñas y puntiagudas orejas, observando a Brenda sonriente. Parecía que se preparaba para dar un discurso o algo así. Brenda continuaba muda y paralizada.

–Hola pequeña hím – dijo con una voz aguda y graciosa–. Soy Paz, y... y , ¡te necesito! –gritó con desesperación, pues no le hacía mucho honor a su nombre–. Disculpa, me dejé llevar por la situación –continuó con una risita aguda y nerviosa–. Mira, ven, tengo que mostrarte algo. Sino nunca entenderás –susurró para no asustarla.

Paz voló hasta el sauce más cercano y Brenda se puso de pie para salir corriendo, pero por un momento la invadió la curiosidad. Eso que estaba viendo parecía un hada, como las de los cuentos que le leía su madre cuando era niña. ¿Qué tan peligrosa podía ser una indefensa hada? Temerosa se acercó hacia la rama. El pequeño ser estiró su diminuta mano y le pidió que la sujetara. Brenda tocó su mano apenas con la punta de sus dedos.

En el segundo en que la tocó, sintió una fuerte presión en sus oídos, causándole un mareo tan grande que provocó

Evelyn Díaz Scifo

que cayera al piso. Sentía como si estuviera girando dentro de un enorme lavarropas que no paraba jamás. No veía absolutamente nada, no podía pensar en nada. Estaba entregada a lo que sucedería de ahí en adelante.